

MUÑECA

DOS ACTOS CORTOS

PERSONAJES *

Perla
Muñeca
Estela
Carlota
Anselmo
Enrique
Chiquilín
Nicolás
Mora
Gotardo
Sebastián

La acción en Buenos Aires, 1920.
Derecha e izquierda del director.

* Estrenada el 20 de mayo de 1924 en el teatro Nacional de Buenos Aires por la compañía de Pascual Carcavallo. Actuaron Olinda Bozán, Carmen Lamas, Mirta Bottaro, Carola Smith, Domingo Sapelli, Santiago Arrieta, José Otaí, Pancho López, Efraín Cantelo, Valerio Castellani y José Caglia.

*A José Antonio Saldías. José Antonio:
Son dos actos éstos hechos con amor. Tú
sabes que te quiero. Para ti son.*

ACTO I

*El ala izquierdā de la casa de Anselmo. Sala en pros-
cenio, dormitorio al fondo. Un pasillo estrecho divide
ambas habitaciones en tercer término. La riqueza del
dueño y su ambular de curioso entendido por países
en que el lujo es comodidad y la comodidad arte,
imponen un sello de refinamiento personal al am-
biente. En el lienzo murāl derecho gran chimenea;
más atrás, la puerta que da al vestíbulo. En el iz-
quierdo amplia abertura lleva a la salita de música,
amueblada con piano Mignon, violoncelo y banquetas.
Asientos cómodos, recostaderos, rincones de charla y
de besos. Detrás de la cortina de foro, la arcada del
dormitorio cubierta de finísimo tapiz transparente.
La cama, baja, ancha, oscura, montada sobre tarimā.
Al levantarse el telón, la tenue luz de los dos velado-
res sume al local en penumbra discreta.*

*Por la puerta de derechā entra Anselmo. Viste amplio
gabán; la bufanda le oculta el rostro. Guarda las lla-
ves en el bolsillo del pantalón. Va hasta la salita de
música. Tiene los hombros muy levantados y los pies
rígidos, con las puntas hacia adentro. Atraviesa el
proscenio, sin dirección determinada, lentamente, en-
corvado, la nariz escondida... Es simiesco. Sube has-
ta el dormitorio. Enciende un cigarrillo. Baja. Se echā
en el sofá, frente al fuego. Se atraganta con el humo.
Tose, de espaldas a las candilejas. Arroja el pitillo.
Llama un timbre.*

CHIQUILÍN — (Adentro.) ¿Don Anselmo?... (Aparece, presuroso, por la derecha del pasillo.)

ANSELMO — ¿Dónde estabas?

CHIQUILÍN — En la cocina, mateando con la vieja Leticia. ¿Hace mucho que llegó?

ANSELMO — No.

CHIQUILÍN — (Indicando un aplique.) ¿Enciendo? (Ejecuta.)
¿Qué temprano, don Anselmo! ¿Poco interesante el espectáculo?

ANSELMO — Poco.

CHIQUILÍN — ¿Se vino antes de que terminara? Hizo bien. Ya aburren. Está don Enrique en la biblioteca, leyendo; hace como una hora. ¿Le aviso?

ANSELMO — Dejalo. (Pausa.)

CHIQUILÍN — ¿Recuerda que tiene partida esta noche? (Anselmo afirma.) Claro; así se distrae un poco. (Anselmo lo mira, tiernamente.) No. No hubo novedades desde que salió. (El dueño se pone de pie.) ¿El fumar? (Le quita el sombrero, gabán y echarpe. Anselmo es feo. Sólo en sus ojos, en el mirar de sus ojos, hay una dolorosa dulzura. Con su máscara, inmóvil, ausente, espera que Chiquilín lleve las prendas y vuelva. Deja que el criado le saque el smoking y le ponga el "fumoir". Tose. Secándose una lágrima con el pañuelo del fumador.) Permítame, don Anselmo...

ANSELMO — (Reaccionando.) ¿Qué?

CHIQUILÍN — (Indiferente.) Mojado.

ANSELMO — El frío.

CHIQUILÍN — Sí; es una noche brava. (En el mutis.) ¡Qué metejón! (Anselmo aviva el fuego de la chimenea. Chiquilín reaparece.)

CHIQUILÍN — ¡Deje, don Anselmo! (Lo suplanta.) ¿Cebo mate?

ANSELMO. — No.

CHIQUILÍN — ¿Quiere la mesita? (Acerca una mesita baja con botellones y copas.) ¿Málaga?

ANSELMO — Whisky.

CHIQUILÍN — (Aparte.) ¡Zás! (Sirve.) ¿Soda o...?

ANSELMO — No. (Bebe puro, de un sorbo.)

CHIQUILÍN — (Aparte.) ¿Te lo digo? (A él.) ¿Llevo?

ANSELMO — Dejá. (Chiquilín se aparta. Pausa.)

CHIQUILÍN — Don Anselmo... ¿Vamos otra vez a Europa?

ANSELMO — ¿Y eso?

CHIQUILÍN — Así... Hace un rato, en la cocina, pensaba en todo lo que vimos. Sevilla, Madrid, Roma... La Plaza de San Pedro... el río... las colinas... el hotel... las mujeres... ¡Qué macanuda que es Roma!... (Se esfuerza para distraerlo.) ¿Y la campiña romana?... ¿Se acuerda de aquel señor que lo invitó a visitar su hacienda? "Il bestiame" —decía—; "il bestiame". Se le llenaba la boca: "¡Guardate il mio bestiame!"... Y nos enseñaba, compadreado, un pañuelo de campo con cien novillos flacos, cansados, rezongones, con unos cuernos de este porte... ¿Se acuerda? Una novillada cocoliche. ¡Lo que se rió usted, don Anselmo! Cuando el italiano le oyó decir que en la Argentina cualquier estanciero pobre tenía tres mil vacunos, lo dejó que se fuera casi sin saludarlo. Creyó que lo farreaba. ¡Qué macanuda la campiña romana!... Y a pesar de todo, me gustaría volver a verla. ¿A usted no, don Anselmo? A mí, sí. "Il bestiame"... (Ríe con esfuerzo. Calla.) ¿Quiere oír la radio?... (Silencio.) ¿Sabe que aprendí el gambito del peón de dama? ¿Me da la torre y jugamos?... (Pausa incómoda.) Me sé un trozo de la "Inconclusa", de Schubert... ¿Quiere que se lo silbe?...

ANSELMO — No digas pavadas.

CHIQUILÍN — Disculpe. (Medio mutis.)

ANSELMO — Che. (*Lo alcanza, palmeándolo.*) Disculpame vos Chiquilín. ¡Gracias!

CHIQUILÍN — Si hace tres meses alguien me porfía que usted iba a ser... como es ahora... le pego un cachetazo.

ANSELMO — Así es.

CHIQUILÍN — Vámonos a Europā, don Anselmo. ¿Qué hacemos en Buenos Aires? Aburrirnos. Dele un corte. Disparemos. Han puesto hasta los ómnibus que a usted no le gustan. Y si no quiere a Italia —que es triste y hace pensar, como usted dice—, vámonos a Francia, a París; o a Berlín. ¿Se acuerda de los cabarets de Berlín?... Mejores que los de Ville Lumière. Uno se cree que le está llevando el apunte una perdida y resulta que es una princesa disfrazada. ¡Macanudo Berlín! ¿Y Marsella? ¿A que se olvidó de los castañazos con los franchutes aquéllos? ¡Mi madre!... Yo ligué más que usted. ¡Cómo pegaba aquel petiso!... No me olvidaré nunca de la cara del que se quedó en el suelo. Yo tenía el fósforo y usted le arreglaba la mandíbula. "Merci"... —decía—; "merci"... ¡Qué cross!... Bueno, valía la pena la marsellesa; era linda. ¡Y qué mal nos pagó!

CHIQUILÍN — (*Intencionado.*) Las hay peores que las malas. (*Anselmo se sirve.*) ¿Va a tomar más?... Después se amaneece tirado ahí... vestido, duro de frío... No tome.

ANSELMO — ¿Y a vos qué te importa?

CHIQUILÍN — ¿Cómo qué me importa?

ANSELMO — Andate.

CHIQUILÍN — Si no me importara...

ANSELMO — ¡Que te vayas he dicho!

CHIQUILÍN — (*Medio mutis. Vuelve.*) Don Anselmo, ¿yo merezco esto? (*Anselmo, que va a beber, no bebe.*) Yo creo que no, don Anselmo.

ANSELMO — (*Deja la copa. Por la mesita.*) Llevá. (*Chiquilín,*

contento, ejecuta.) Perdóneme, amigo. (Le aprieta un hombro.)

CHIQUILÍN — ¿No ve?... Ahora me va a hacer voltear todo.

ANSELMO — Perdóneme. (*Lo suelta.*)

CHIQUILÍN — Vámonos a Europa, hágame caso, yo sé lo que le digo.

ANSELMO — No puedo. Sería peor. (*Interrumpiéndole.*) ¡Que te callés! Andá. Avisale a Enrique.

CHIQUILÍN — (*Aparte.*) ¡Qué metejón!... (*Mutis.*)

(*Anselmo se acerca a la chimenea, contempla el retrato de Muñeca. Su propia imagen en el espejo le parece horrible. Se cubre el rostro con el retrato. Enrique aparece por foro. Se detiene. Silencio.*)

ENRIQUE — (*Mutis, como culpable. Y adentro.*) ¿Puedo?

ANSELMO — (*Deja rápidamente la fotografía.*) Sí. ¡Qué pregunta! Pasá.

ENRIQUE — (*Reaparece.*) Buenas noches.

ANSELMO — ¿Qué hacés, muchacho? (*Enrique avanza, sin mirarlo.*) ¿Por qué no fuiste al Victoria?

ENRIQUE — No sé... Fastidiado.

ANSELMO — Me prometiste ir.

ENRIQUE — Pensé que me disculparía.

ANSELMO — Así es, pero te esperé. Estaba tan solo entre tanto amigo... ¿No me das la mano?

ENRIQUE — (*Obedeciendo, solícito.*) Nos vemos tan a menudo...

ANSELMO — Desde ayer. ¿Cómo te va?

ENRIQUE — Bien, don Anselmo, bien.

ANSELMO — (*Su mano en el cabello del muchacho.*) ¡Mirá que sos lindo! A veces, soñando, me pongo a creer que sos mi hijo... pero me miro al espejo y me río de mí como un loco. (*Ríe con violencia, sarcástico.*) ¡Corte te ibas a dar con esta careta!

ENRIQUE — ¡Cómo exagera!
ANSELMO — ¡No; si soy hermoso! (*Ríe.*)
ENRIQUE — Halla fruición en exagerar.
ANSELMO — Será que me río de mí antes que ustedes. Fruición... (*Ríe.*) Mi padre más que feo fue ciego; ¡miren que dejarme vivir!...
ENRIQUE — Yo... me cambiaba por usted.
ANSELMO — (*Muy serio lo aprieta contra su pecho con un brazo.*) Es muy tierno eso que has dicho. (*Sonríe.*) Pero son palabras. Te quisiera ver ante el diablo firmando el pacto. Recién entonces verías cómo soy y te asustarías. (*Enrique va a replicar.*) No te esfuerces. No seas zonzo. (*Se queda mirando al suelo.*) ¿Supiste algo?
ENRIQUE — No. He andado toda la noche... anoche.
ANSELMO — Yo también.
ENRIQUE — No concurre a sitio conocido. (*Le da la espalda. Habla bajo.*) Se ha escondido bien. Los mismos muchachos, extrañados de no verla, me preguntan a mí por ella.
ANSELMO — ¿Los muchachos?
ENRIQUE — (*Rápidamente.*) Sí... todos. Saben que estoy cerca suyo y creen que veo a Muñeca aquí, como siempre. Ni por asomo sospechan que huyó hace ocho días.
ANSELMO — Ocho.
ENRIQUE — Que no sabemos dónde está. (*Pausa.*) Dicen que usted no tiene derecho a secuestrarla.
ANSELMO — ¿Quiénes?
ENRIQUE — Los muchachos. Creen que la esconde.
ANSELMO — ¡Ah!
ENRIQUE — Y yo los dejo en el error.
ANSELMO — Bien.
ENRIQUE — Nadie la ha visto. (*Largo silencio.*)
ANSELMO — ¿Qué tenés?
ENRIQUE — ¿Yo?... Nada. Pena.

ANSELMO — ¿Por qué?
ENRIQUE — Por usted.
ANSELMO — ¿Por mí?... (*Sonríe.*) ¡Qué egoísta soy! Fíjate: saber que sufrís por mí me alegra. Tengo fea el alma también. Es que por mí no ha sufrido nadie, excepto por soportarme. Mi madre... De la pobre... no podría asegurarlo. Murió siendo yo chico, dejándome mucho dinero para hacerme posible la vida seguramente. Ahora me decís que tu buen dolor yo te lo doy... y me alegro. ¡Qué perreía!, ¿no?
ENRIQUE — No diga eso. Yo siento vergüenza ante su bondad...
ANSELMO — ¿Vergüenza?
ENRIQUE — Sí; desprecio de mí mismo. Sé que no hago en su beneficio todo lo que debiera hacer.
ANSELMO — ¿Y qué deberías hacer?
ENRIQUE — No lo sé con certeza, no lo sé...; pero le adeudo tanto bien que su dolor es un reproche para mí.
ANSELMO — Enrique... sos un hombre bueno, y los buenos son muy complicados. Tranquilízate. No podés nada. Las mujeres no pueden quererme. Soy el primer convencido. Sería ridículo creer que con esta cara, con estas piernas, con este porte, me amase alguna. Las he comprado siempre. En Londres, con libras; en Francia, con francos; aquí, con pesos. El amor es mi mayor enemigo, Muñeca es joven, nueva... optimista, no le atrae el dinero todavía y huye de mi fealdad. Yo haría otro tanto. Mi cariño por ella... grande... definitivo... no le compensa de este horror de mi presencia, y escapa. (*Ríe.*) ¿Qué podés hacer? ¿Buscarla? Difícil tarea. Yo mismo no la encuentro. Estará escondida en un cuartito pobre, con algún muchacho hermoso, feliz de no tener todo este lujo con tal de no verme. Se acordará de mí como de una pesadilla. "El cuco" —decía cuando me le acercaba sonriendo con toda

mi temurā—, "el cuco". (Ríe.) Mirá: nunca creí que el amor valiese algo, y fijate, sin experimentación previa estaba en la verdad. Por primera vez amo... (Ríe.) Observá qué ridícula queda esta palabra en mi boca: amo... y mi amor no sirve. Bueno, pero como no puedo pasarme sin Muñeca, quiero que vuelva; y no para que me ame (ríe), ¡no!, de miedo. Para que me acompañe en esta terrible soledad; para que esté junto a mí en estas noches de incubos interminables; para que camine por estos cuartos vacíos y yo la oiga y la vea moverse y por mirarla no me mire. Muñeca, le decimos; buena, si vuelve la vestire con cien trajes, la cubriré de alhajas otra vez, para tenerla aquí como a una muñeca, como a una muñequita de lujo que adorna y acompaña, pero que no puede querer porque es de aserrín, o de marfil, o de porcelana. ¿Qué podés hacer vos?... Buscarla. ¿Qué más?... Sé que si la hallás la traés, porque sabés que si no viene no podría soportar mi fealdad ¡y de miedo me mataría!... (Enrique llora. Anselmo, reponiéndose, ríe.) Che, ¿por qué llorás si yo río?... No me hagas caso. Soy un bruto. ¡Qué voy a matarme... con esta cara!... Che, Enrique... no seas zonzo. No me creas, ¿ois?... Por vos no me voy a matar, ¿ois? Por vos... mi único cariño... mi otro cariño, el mejor... Che... (Va a sollozar.) ¡No, no quiero llorar!... (Ríe. Mutis por foro, arrebujándose. Timbre afuera. Enrique se arroja sobre un diván de la izquierda y se cubre la cabeza con un almohadón.)

CHIQUILÍN — (Abre la puertade derecha.) Sí, coronel. (Da luz a la araña central.)

MORA — ¿Adónde?... (Es hemipléjico, calvo, flaco.)

CHIQUILÍN — Estaban aquí... (Por Enrique, y en voz baja.)
Mire...

MORA — Dejalo. (Se escamina a foro.)

CHIQUILÍN — Estará en la biblioteca, o en la salita de juego. (Observa cómo Mora anda tráfajosamente en su empeño por ver a Anselmo. Reflexiona aparte.) Aprendé, Chiquilín. (Mutis Mora. Enrique se descubre.) ¡Ah!, ¿no dormía? Le dio el opio. (Cierra.) ¿Se cansó de leer? Permiso. (Medio mutis foro.) ¿Eh?... ¡Ah!, oí que me llamaba. ¿Me necesita? (Se detiene.) Digo yo, don Enrique, ¿vamos a quedarnos así?

ENRIQUE — ¿Cómo?

CHIQUILÍN — ¿Sin hacer algo para salvar a don Anselmo de ese metejón?

ENRIQUE — ¿Y qué?...

CHIQUILÍN — ¡Atorrantal! (Pausa.) ¡Lo que puede una naricita que se resfría. (Piensa.) ¡Y qué cosa: uno acompaña a un hombre diez años, se dedica a él, le responde en cuerpo y alma, se pone a quererlo como no ha querido a nadie, llega a creer que sus alegrías y sus penas son sus propias alegrías y sus propias penas... y de pronto, por nada, porque sí, uno comprende que cada cual es cada cual y que se las tiene que arreglar solo. He pensado muchas veces en esto. Somos todos extraños. De repente se queda solo uno. Por ejemplo: aquí estamos usted y yo que queremos a don Anselmo como dos hijos, y cuando más necesita de nosotros, no podemos ayudarlo. ¿Qué hay que dar para que esté contento? ¿Una mano? —Aquí está. —No sirve. —¿Un brazo? —Aquí está. —No sirve. —¿La cabeza? —Aquí está. —No sirve. Tirela a la basura. —¿Y entonces?... ¿Para qué sirve uno si cuando quiere servir no sirve?... ¡Muérase, así lo entierran! ¿No es cierto lo que diga, don Enrique?... Yo soy un hombre por él, ¿sabe? A los dieciocho años ya era ladrón yo.

ENRIQUE — ¿Vos?

CHIQUILÍN — Este. Robaba en los tranvías. ¿No se lo dijo?...

Hasta eso. No se deschava así lo maten. Tenía dos entradas. Me arrastró a eso una rueda de amigos de un café que frecuentaba. Un pibe inocente, mareado... Una noche, a una plataforma llena de otarios sube don Anselmo, embufandao como siempre para taparse la cara con el subterfugio del frío. Con este ojo que Dios me ha dado veo candidato. Lo trabajo de "infintin", lo llevo a un rincón, lo trabo... —parecía dormido...— pungueo, y cuando estoy tocando la de Rusia (*bolsillo interior*) siento que por arriba del sobretodo me aprietan la mano despacito, despacito, pero como con una tenaza. "La cana" —me dije, sudando de miedo—. Pensé en la vieja, que estaría llorando porque hacía como dos meses que no la visitaba; me acordé con tristeza de la hija del facturero, que ya se dejaba besar fuerte... y sonreí como un gil a la mirada de don Anselmo. "¿Usted es criollo?" —le dije, sin voz y sin saber lo que decía—. Perdóneme si es criollo." —"Bajá conmigo" —me contestó—. Bajamos. Cangallo y Ombú. Miré para disparar, pero no largaba. Iba a darle un zurdazo, cuando le oigo: "Agarrala". Saqué la cartera. "Llevátela." De un salto di en la otra vereda, corrí unos metros... pero me dio calor. Me volví, tranquilo. "Tome —le dije— así no. Yo no quiero limosna." Me sacó el sombrero para mirarme. "¡Chiquilín!" —de ahí el sobrenombre—. "Vení conmigo." Me trajo aquí, en auto, sin hablar. Nos sentamos ahí, ahí mismo. "¿Por qué robás?" Yo creía saber por qué robaba y le contesté: "Porque es injusto que la gente tenga tanta cosa y yo ni medio". El se arrancó la bufanda: "Mirame. Esto es más injusto. Te daría todo lo que tengo si me pudieras dar tu cara." Es la impresión más grande que recibí en mi vida. Desde entonces es como mi padre, y mi vieja ha vuelto a ser mi madre, y yo soy una persona. ¿Me puedo cruzar de brazos

ante el dolor de un hombre así? Diga, ¿nos podemos cruzar de brazos?

ENRIQUE — También se lo debo todo, Chiquilín, y, sin embargo...

CHIQUILÍN — ¿Y entonces? ¿No vale nada deberlo todo? Usted también. Andaba por los cabaré, sin acordarse de su familia, sin trabajo, sin ganas de trabajar, que es peor, compadreando, hundido en la milonga, cerquita no más de la cocaína y del carro... ¿exagero?... Lo encuentra una noche...

ENRIQUE — Y me salva.

CHIQUILÍN — ... y lo salva. A mí de la delincuencia y a usted del terremoto; ¿y nos tenemos que quedar así?... ¿No dan ganas de morirse de risa? ¿No dan ganas de hacerse vigilante? ¡Ah, pero yo también la busco a la Muñeca! Que no la encuentre, ¿eh? Es muy bonita, camina como los faisanes; cuando duerme parece un cuadro; si habla, uno oye arpas; si sonríe, marea, y si está hecha a uno le dan ganas de ser champagne, o chartreux, o caña; pero que no la encuentre, porque me la paga toda esta amargura. ¡Del pelo se la traigo, a la rastra! (*Acción.*) ¡Ahí la tiene! ¡Bésela, muérdala, ájela, mátelas, pero duerma, coma y alégrese de una vez! Y no sea egoísta, acuértese de que a su alrededor hay gente que sufre, y que el mundo no se ha terminado por mujer, ¡otario! (*Mutis por derecha.*)

ENRIQUE — (*Los puños en los ojos.*) ¡Ah!

MORA — (*Presuroso.*) Che, Enrique... ¿Dónde estás?... Che, casi meto la pata. ¿No le has dicho a Anselmo que hoy estuviste con Muñeca? ¿Por qué?

ENRIQUE — (*De pie.*) ¿Yo?... No la he visto.

MORA — (*Con asombro, desencajado.*) ... ¿no?

ENRIQUE — No.

MORA — (*Cuando puede hablar.*) ¡Vos sos un cretino!

ENRIQUE — ¡¿Qué?!

MORA — ¡Sos un cretino! Yo los vi hoy. Juntos. Con estos ojos.

En un auto, detenido en la mitad de la cuadra. Cerrito entre (*dándose una palmada en la frente*) ¡a diez pasos de la pensión de doña Angeles! ¡Sos un cretino! (*Tembloroso.*) ¡Mandate mudar! Voy a decírselo a Anselmo ahora mismo. (*Se encamina.*) Dispará. ¡Te va a matar!

ENRIQUE — (*Interponiéndose, anhelante.*) ¡Oiga, Mora!...

MORA — (*Enarbolando el bastón.*) ¡Salí, falluto!

ENRIQUE — ¡Si usted no me escucha... —no por mí, por él— si usted se mueve... lo golpeo!

MORA — ¡Atrévete! ¡Mocosol!

ENRIQUE — Seréense. Es verdad.

MORA — ¡No ve, maula!

ENRIQUE — Pero no como usted se imagina. Muñeca era mía antes.

MORA — ¿Qué?

ENRIQUE — Era mía. Yo se la di a don Anselmo, sin que él supiera.

MORA — ¡Mentís!

ENRIQUE — Si se serena y me mira sabrá que no miento. Muñeca andaba conmigo antes de conocer a don Anselmo.

MORA — Mentís, anda actualmente con vos.

ENRIQUE — También es verdad, desde hace ocho días.

MORA — Te enredás. ¿Por qué ibas a dejársela?

ENRIQUE — Porque se enamoró de ella como un loco.

MORA — ¿Qué me estás contando?... ¿Una novelita?

ENRIQUE — La verdad pura. ¡Por mi madre!

MORA — Pero, ¡bárbaro... si eso es cierto, eso no se hace!

ENRIQUE — Se hace, pero se soportan las consecuencias y yo no supe soportarlas. Quise portarme como un hombre y soy un chico, sin dominio, sin control... Mora, usted me comprenderá; es el único que comprenderá de todos éstos. Sabe tanto de estas cosas de amor...

MORA — No lo puedo negar apenas me miren... (*Anda, temblequeando.*) Contá pronto. Es capaz de venir.

ENRIQUE — Conocí a Muñeca en casa de unos viejos. Nos gustamos. Me visitó una tarde en mi cuarto y se quedó. Ella encariñada, yo... como "una más". Oculté a don Anselmo nuestras relaciones para no oírle quejarse de que no estudio y pierdo las noches con mujeres. Y como tiene razón... A fin de curso no pude dar quinto año... Se las oculté. Un día, yendo con él por Florida, nos cruzamos con Muñeca. Ella me saludó aunque yo se lo tenía prohibido, precaviéndome. De ese saludo insignificante nace esta desgracia.

MORA — Seguí.

ENRIQUE — Le interesó en seguida: —"¿Quién es?" —"Una amiguita..." —"¿Tuya?" "No." —"Confesá." —"No, le juro..." —"Llamala, es muy linda..." Me opuse enérgicamente. Pero se obstinó. Usted sabe cómo es de caprichoso. La alcanzamos. Se la presenté, mintiendo. La invitó a cenar, luego al teatro, después al cabaret... Estuvo rarísimo. Se emborrachó. Me echaba. Ella, sorprendida de mi actitud paciente, me miraba... asustada... ¡Pero lo quiero tanto, es tan generoso, tiene tan poca suerte con las mujeres...

MORA — Mejor para él.

ENRIQUE — ¡...es tan feo, tan desdichado...! Cerré los ojos y el orgullo, y no dije una palabra. Una noche pasa pronto, pensé; no nos enfrentaría más que para olvidarla...; hay tantas que buscan su dinero... Me equivoqué. A los pocos días don Anselmo estaba perdido; no podía vivir sin verla. Lloraba, gritaba... hablaba de morir... Mi ternura de amigo mató los últimos pudores. Una madrugada se la traje aquí, a cenar.

MORA — ¡Lindo muchacho! Yo hubiera hecho lo mismo.

ENRIQUE — Esa noche me emborraché yo. Muy tarde ya, don Anselmo me llamó a su dormitorio. Tembloroso, afiebrado, me rogó como un niño: "Pedile que se quede. A vos te hace caso. Pedile que se quede. Es mi primer amor; siento que esta chica es mi primer amor. Me tiene miedo. Ayúdame"... Volví al sofá. Le pregunté, riendo, si le gustaría vivir en este lujo. "¿Y a vos no te haría daño eso?" —contestó sin mirarme. —"No." Me fui, solo.

MORA — ¿Y ella aceptó así?...

ENRIQUE — Sin quejarse.

MORA — Como quien muerde un bizcocho. Son todas iguales.

ENRIQUE — Ella obedeció por amor, coronel. Lo aceptó todo con tal de no perderme, ¿comprende? Falté una semana. Me amenazó con dejar a don Anselmo si yo no la acompañaba a soportarlo. El estaba más enamorado que nunca. Volví.

MORA — ¡Qué inteligentes son! Están todas cortadas por las mismas tijeras filosas. Aguantan, esperan y siempre se salen con la suya.

ENRIQUE — Al mes era yo quien había enloquecido.

MORA — Natural, muchacho.

ENRIQUE — No podía mirar su mirada, ni podía vivir sin ella. Pero decidí ser fuerte, romper, irme. Hace ocho días la cité a mi cuarto para concluir. No pude hablar; no quiso volver aquí. Don Anselmo dice que se matará si ella no vuelve. Le creo. Que me mate a mí antes. No puedo ya sufrir mi indignidad. Tiene razón, Mora; vaya, cuénteles todo.

MORA — (*Lo mira con la boca abierta. Se encamina a foro golpeando con su bastón el suelo para llamar la atención de Enrique.*) Che... ¿de veras no temés morir?... ¿No?... (*Se mira.*) ¡Qué zonzol!... ¡qué pedazo de zonzol!... (*Acercándosele.*) ¿Sabés lo que sos? Un román-

tico. O con otra palabra más clara: un compadre. Gozás pensando que sós mejor que los demás, que ninguno haría lo que hacés. Es muy criollo eso, muy de nosotros: nos gusta ser gauchos. Pero muchos hicieron esto y más antes que vos. Románticos idiotas. No saben qué hacer con el corazón. ¿Y ahora, compadrito? (*Se aleja con su bastón, temblequeando. Vuelve.*) Y ya que sos tan compadre, tan gaucho, ¿por qué no imaginás cosa mejor que desear morir estérilmente? Sacrificate por algo, ya que te sacrificás. Que te duela, pero para bien de alguien.

ENRIQUE — No entiendo.

MORA — Salvalo a Anselmo.

ENRIQUE — ¿Cómo?

MORA — Traésela otra vez. Compadreá ahora.

ENRIQUE — ¿Y yo?

MORA — ¿Vos?... Mirá cómo camino... Hoy, para mí, el amor es sólo esto...; pero yo fui como vos, buen mozo y suertudo; como vos, sentí todos esos arrebatos del orgullo en que te debatís; como vos, fui desinteresado, generoso, leal; y más amigo que hombre me jugué por otro la paz, la vida y la reputación. Bueno: eso es lo único que me queda, por lo que vivo aún y por lo que la muerte, cuando llegue, será recibida, si no con alegría, dulcemente. Esto que ves es la carne, lo feo, la porquería; lo que no ves es lo que en mí vale. Traésela. Cuando andes como yo —y te será difícil escapar—, cuando no puedas articular bien y no sirvas ya para el placer; cuando te arrastres agotado y maltrecho, que por lo menos esté sano tu corazón, que por lo menos puedas pensar sonriendo: Fui generoso más de una vez, más de una vez pagué errores de otros y por eso puedo sonreír en el infierno. Andá; traésela. Sos joven, te querrán cien mujeres todavía, querrás a muchas... (*Enrique*

niégn.) con toda tu alma. Te esperan largas horas de dicha, a Anselmo se le acaban, si alguna vez tuvo. Este es tu primer amor, para él es el último. No se lo destruyas. Tráesela. Vas a ver qué lindo. Será tan dulce tu sufrimiento que te lo envidio.

ENRIQUE — ¿Y ella?

MORA — ¿Ella?... ¡Bah, qué joven sos!... Las mujeres no sufren por estas cosas. Hacen las que sufren, pero les gusta. Ya lo hizo en una ocasión, de curiosa; la segunda no tiene importancia. Lo hará mil veces aún, por un brillante o un cuero, de ávida. ¿Vuelve si se lo pedís? (*Enrique afirma, consulto.*) ¿No ves?... Andá; traela. Si tu conciencia lo está deseando. Retiro lo de falluto. Sos un hombre. (*Enrique mira a Anselmo que, en el foro, bebe. Se decide. En el mutis, el enfermo da también su mano listada en un apretón consultivo.*) ¡Sos un hombre!... Empezás bien, terminarás bien... por muy mal que termines. (*Enrique huye por derecha.*)

ANSELMO — (*A Mora, que se le acerca.*) ¿Querés?

MORA — ¿Estás loco?

ANSELMO — ¿Por?

MORA — Por la pregunta, pues. (*Se sirve.*)

ANSELMO — ¡Ah, dejá. (*Le sirve.*)

MORA — Gracias, hermano. (*Bebe. Lo palmea, lo estruja riendo.*)

ANSELMO — ¿Y eso?... ¿Qué te ha dado?

MORA — Para sacárate el frío.

ANSELMO — ¿Y Enrique?

MORA — Recién salió.

ANSELMO — ¿A hacer?

MORA — No sé. Dio de pronto un salto, se pegó una palmada en la frente, como si recordara algo, dijo: "¡Soy un bárbaro!"... y disparó.

ANSELMO — Andá siempre enredado.

MORA — ¿Y qué querés? A su edad yo tenía tres... y las engañaba.

ANSELMO — Así te fue.

MORA — Así nos va; no seas modesto. (*Tímbrase afuera.*) Los muchachos. (*Consulta su reloj.*) La una y media. Puntuales. (*Se frota las manos.*) Esta noche te gano lo que quiero al pócker.

ANSELMO — ¿Te lo han contado las lechuzas?

MORA — No; se me ocurre que voy a ligar mucho por aquello de desdichado en amor, afortunado en el juego.

ANSELMO — (*Sonríe.*) Es mentira. Yo he perdido siempre.

MORA — (*Abre la puerta de derecha. Voces femeninas.*) ¡Zas! Se vinieron con la impedimenta. (*Cierra.*) ¡Qué estos viejos no puedan hacer nada sin mujer!

ANSELMO — ¿No te digo que el *avant-scène* era un gallinero? Y Perlita afilando con uno de la platea.

MORA — ¿Y Nicolás ahí?... ¡Qué cochinal! Y bueno, ¿qué va a hacer la pobre?... Además, me alegro.

ANSELMO — Envidioso.

MORA — Yo ya no tengo envidia por esas cosas. Sólo envidio a los que saben querer.

ANSELMO — Siempre te gustó sufrir.

MORA — Quisiera estar en tu lugar y llorar por lo que llorás.

ANSELMO — Y yo en el tuyo.

MORA — ¿En el mío?... No sabés lo que decís.

ANSELMO — Pero, ¿quien te quita lo bailado?

MORA — ¡Ah, eso sí!

ANSELMO — Vos no imaginás qué enemigo es ése. (*Por el espejo.*) Mirame. Ese no soy yo, es otro; que está ahí siempre, espantoso. (*Ríe mirando su mueca.*) Me suplanta para que me repudien. Miralo. (*Ríe.*) ¿Soy yo?... No. Estoy condenado a un tormento infernal: a no reconocermé.

¿Quién soy? ¿Ese?... ¡No! ¡No!... (Hace de su sollozo ríid.)

MORA — Oíme, hermano; para los hombres hay un sólo espectáculo positivamente optimista; mirarse dentro. (Por su imagen.) ¿Vos crees que yo soy ése? No. Me han cambiado. Yo soy otro, pero cierro los ojos a eso que no es más que un espejo, me miro adentro y me reconozco. "¡Soy Jacinto, el mejor de los hombres, merezco morir el último!" (Anda con los ojos cerrados.) "¡Soy el coronel Mora, el valiente, el bravo! ¡Adelante!... ¡Adelante!..." (Se da una cabezada en un mueble.) ¡Ay!... Pero, che, dejás que me golpee. . .

ANSELMO — Abrí los ojos, hermano, abrí los ojos...

MORA — ¿Sale sangre?

ANSELMO — No.

MORA — Sí; como demostración ha sido un fracaso, pero oíme...

ANSELMO — No, es bastante. Te va a salir sangre. Suben... Voy a sacar las fichas. (Mutis extrayendo las llaves. Mora se aprieta el cardenal con una moneda. Aparecen Estela y Carlota. Grandes tualocés. La primera es más "mujer". Distinguido porte artificioso. Recargada de joyas. Sonríe, mirándose las pestañas. Carlota es una bella mujercita criolla que ya no le queda más por ver.)

MORA — (A Estela. Enérgicamente ceremonioso.) Señora...

CARLOTA — Adiós, coronel. (Se sienta ante el fuego.)

MORA — (A Estela.) ¿Le gusta así?

ESTELA — Los buenos modales me han gustado siempre.

MORA — ¿No he cometido alguna inconveniencia? ¿No he pronunciado alguna palabra malsonante?... ¿Tengo bien puesto el pie?

ESTELA — Sí. Lo que flaquea es la cabeza.

MORA — (Por la de ella.) ¿A ver?... Es verdad. Cúrese.

ESTELA — ¡Qué ingenioso! (Se aparta, desabrigándose.)

CARLOTA — (Muy lejos, canta a media voz, aburrida, lejána.)

"Con el ay... con el marabay"...

MORA — (A Carlota.) Che, Carlota: ¿en qué cambalache compraron a esa princesa?

CARLOTA — (Lo ignora; alza un hombro.) "...con el ú... con el marabú... Ay que me mu... que me muero..."

MORA — "...San Juan de la Luz." Sos la mujer más aburrida que he conocido.

CARLOTA — "Con el ay... con el marabay..."

MORA — (A Estela.) ¿Y los muchachos?

ESTELA — Abajo. Gotardo y Sebastián se han vuelto idiotas.

MORA — Ya lo sé. En mil novecientos, cuando los conocí.

ESTELA — Discuten de política desde la cena. Nos han dado la noche. No me enteré apenas de "Doña Francisquita".

CARLOTA — "...ay que me mu... que me mu...ero... (Va al piano.)

MORA — (En la derecha.) ¡Che, reformadores; vengan! ¡Che, Gotardo, padre de la patria, vení; me gustás más jugando al pócker!

PERLA — (Riendo con Chiquilín, que la sigue.) ¡Mora!... ¡Mi corocoll... ¡Viejitol... (Hace la nena, pero de pronto aparece en su voz y en sus ojos toda su energía. Es preciosa.)

MORA — No exagerés.

PERLA — Dos semanas que no lo vemos. ¿Por qué?... ¿Tenía la nana?... ¿Estaba enfermito?

MORA — No, preciosa; aburridito.

PERLA — ¿De nosotras?

MORA — No. De ustedes no se aburre ni el diablo. De mí, de mí.

PERLA — ¡Ah; me lo explicol! (Da su tapado a Chiquilín, que la mira sonriente.)

MORA — No exagerés, Perlita. Si me conocieras bien, no te lo explicarías.

PERLA — No se dé corte. Abrácame como manda el reglamento.

MORA — (*Teniéndola abrazada.*) “Las hijas de las madres que amé tanto me besan hoy como se besa a un santo.”

PERLA — (*Desasiéndose.*) ¡Avisel... ¡Con la familia, no! (*Vuelve Chiquilín. Se le prende del cabello.*)

CHIQUILIN — No... ¡Ay!... No, ¿eh?... (*Pero le gusta.*)

PERLA — (*Encarándolo.*) ¿Quién es la nena de la casa?... (*A Mora.*) “¿Quién es la nena de la casa... desde que se fue Muñeca?”

CHIQUILIN — (*Temeroso.*) ¡St!... ¡Cállese!

MORA — ¡Callate!

PERLA — Perlita. ¿Qué piensa Perlita de sus amigos?... Que son unos farabutes bien vestidos.

MORA — No digas esas palabras, mirá quién está. (*Estela.*)

PERLA — ¿Qué quiere ésa?... ¡Ay!... Me duelen los deditos de frío. (*Va a la chimenea; acerca los pies a las brazas.*)

CHIQUILIN — (*En voz baja.*) ¿Quiere que le frote?

PERLA — (*Gozosa.*) Bueno. (*Chiquilín, mientras le obedece, la mira, sonriente. Carlota, con un dedo, toca en el piano “El Marabú”. Mora habla muy quedo a Estela, que muestra una media torneada.*)

ESTELA — (*Riendo.*) ¡Indecentel... (*Lo amenaza.*) ¡Qué brutal!... (*Mora se aparta, restregándose la nariz.*)

PERLA — ¡Qué lindol... (*Aparece Nicolás. Muy seria.*) ¡Cuidadol... (*Se calza.*)

NICOLAS — (*Pequeño, calvo, esmirriado.*) Buenas noches.

MORA — Buenas.

CHIQUILIN — (*A Perlita, disimulando.*) Las dos menos veinte.

NICOLAS — (*Consultando su reloj.*) Sí. ¿Cómo te va, Jacinto?

MORA — Ya lo ves, Nicolás.

NICOLAS — ¿Qué tal?... (*A Chiquilín.*) Poneme los guantes

adentro del sombrero. (*Mutis Chiquilín. A Mora.*)

¿Bien?... ¿Tu pierna cómo sigue?

MORA — ¿Esta?... Mirá, Nicolás... hace diez años que te oigo la misma preguntita. Me tenés seco. La pierna está mal... está muerta... ¡está seca de tanto oírte!

NICOLAS — He comprendido. Tenés mala noche. (*Se excita.*) No te he preguntado nada. No me importa de tu salud. No te violentes. Cuidate el hígado, Jacinto. La vida es corta... (*Ha envejecido.*)

MORA — ...pero ancha —dijo no sé quién. (*Le gritó.*)

NICOLAS — Estaba en lo cierto. No insisto. Tranquilízate. No nos irrite. Cuidémonos. Es tan fácil perder la razón... Ya no estamos para trampolines, Jacinto. La locura es nada más que un traspie; te dan un empujón y estás loco. (*Manos en la nuca.*)

MORA — Vos estás loco.

NICOLAS — (*Angustiado.*) ¡No!... ¡No jugués con esas cosas!

MORA — El resto me voy a jugar esta noche cada vez que te me pongás a tiro.

NICOLAS — (*Sonríe y con seriedad inquietante.*) ¡Je!... Tengo un amuleto con el que no podrás ni vos, ni el diablo.

MORA — Mostralo; que te voy a decir.

NICOLAS — Que no nos vean... (*Saca un rosario.*) ¿Eh?... contás hasta diecinueve y no queda enemigo con cabeza.

MORA — ¿Y por qué hasta diecinueve?

NICOLAS — Ahí está el secreto. Si te lo digo ya no me sirve.

MORA — Oíme, Nicolás; tenele fe a eso contra el diablo. Conmigo vas muerto. Yo sé dónde los fabrican.

NICOLAS — ¿Dónde?

MORA — ¡En la estupidez!

NICOLAS — No discuto. Has dicho una blasfemia y Dios quiera te salga una jorobita, pero no discuto. Tranquilízate. Acordate de lo que vas a padecer allá abájo quemándote. (*Le pone las palmas en las mejillas.*)

ESTELA — (A ellas.) ¿Y de Muñeca, qué se sabe?
 PERLA — Está enferma la hermana en San Nicolás.
 ESTELA — Juh, tomo olor a quemado.
 PERLA — Y... si rajó, mejor para ella.
 CARLOTA — “¡Ay que me mú... que mú...ero...!”
 ANSELMO — (Con forzada alegría.) ¡Adiós, muchachas! (Brinda una caja de bombones.)
 PERLA — ¡Qué bien! ¿no?... “Permiso, voy a fumar”... y se escurre.
 ANSELMO — Hija, ya he visto tres veces la obra. ¿Y a vos, cómo te fue? ¿Picó el de la platea?
 PERLA — St... No arruinar... Lo va a oír el viejo... (Por Nicolás.)
 ANSELMO — Inocente. El mismo me hacía señas para que te observara.
 PERLA — ¿Ah, sí?...
 ANSELMO — ¿Te dijo algo?
 PERLA — Nada. Mira las moscas. ¡Me tiene harta!
 ANSELMO — ¿De brillantes?
 PERLA — Ya dio su saetazo. (Como chico caprichoso.) ¡Juh!...
 ¡Yo no quiero!... (Yendo hacia el viejo.) Nicolás...
 ¿vos viste que ese de la platea me afilaba?
 NICOLAS — (Contento.) Sí.
 PERLA — ¿Y por qué no te enojaste?
 NICOLAS — Pero, Perlita...
 PERLA — ¡Estúpido!... ¡Juh!... ¡Ya no me querés!
 NICOLAS — Pero sí; por eso, por eso.
 PERLA — ¡Juh!...
 NICOLAS — ¡Qué chica!... Es un caramelo.
 MORA — Escupilo.
 PERLA — (A Anselmo, sacudiéndole con los dedos la solapa.)
 ¿Y Enrique?
 ANSELMO — Salió.

PERLA — (Seria.) ¿No está?... (Aniñada.) ¡No me gusta!
 ANSELMO — ¿Qué querés con Enrique?
 PERLA — Yo quiero que esté, así toca el piano mientras ustedes juegan.
 ANSELMO — Te cuidarás de “eso”... como de lo que más te cuides, mascarita. (Se aparta.)
 PERLA — ¡Juh!... (Se acerca a Estela y Carlota.) Che, Enrique no está. ¡Qué opio!... (Se sienta.)
 Aparecen Gotardo, gran talla, hermosa cabeza, y Sebastián, pulcramente vestido, solitarios en la corbata y en el anillo.)
 GOTARDO — No me diga, Jiménez; lo niego. (A Mora.) ¿Cómo te va?... (Sebastián saluda en silencio.) Las viejas fuerzas del país, aliadas en el desastre, no nos dejan cumplir con nuestro estupendo programa de renovación. Si nos dejaran, reedificaríamos a la capital en dos años y poblaríamos a la república en cinco.
 MORA — Contando con los amigos.
 GOTARDO — ¡Es que no nos dejan, Jiménez! ¡Hemos puesto el cáliz de nuestro patriotismo en el ara del bien público y nuestro sacrificio personal arrodillado está al pie del altar de la patria, pero no nos dejan officiar, no quieren comulgar; por eso en nuestras manos tiembla la hostia sin saber qué hacer con ella!
 NICOLAS — ¡Cométela, hereje (Asustado.), y no toqués a la religión!
 PERLA — (A Estela.) ¡Qué macañeador es tu marido, che!
 ESTELA — ¿Lo oyen?... Parece un angelito repartiendo estrellas... ¡si lo conocieran!... ¡Asco!
 CARLOTA — ...“ay que me mu... que memu... ero...
 SEBASTIAN — (Sonríe, muy calmoso.) Ustedes, don Gotardo, hacen exactamente lo que hicimos nosotros: un gobierno bueno hasta donde pueden, y malo... también hasta donde pueden.

GOTARDO — Permítame...

SEBASTIAN — No se empeñe en convencerme de homradeces acrisoladas, de purezas políticas, de ideales cívicos y de patriotismos exaltados. Me sé de memoria los carteles de propaganda.

GOTARDO — Permítame, Jiménez...

SEBASTIAN — ¿No ve que también los he redactado?... Ustedes, como nosotros, son producto del agua y de la harina. Hicieron nuestro triunfo los carteles callejeros. Somos productos netos del engrudo.

GOTARDO — No acepto. Discrepo. ¡Sin engrudo! ¡Sin engrudo!

SEBASTIAN — En cuanto a lo que ustedes hacen en bien del país, también lo hicimos nosotros, y "si nos dejan" lo hubiéramos seguido haciendo, igual que ustedes.

GOTARDO — ¡Qué val! ¡Qué val!

SEBASTIAN — (En voz baja.) Somos todos hombres aquí, agregue que somos criollos y que queremos el bien de los criollos, pero practicar el bien es muy difícil, amigo, cuando se piensa en sí mismo, confiese.

GOTARDO — Es que yo...

SEBASTIAN — Ya sé, Usted es el primer criollo; igual que yo. Por eso que el bien empieza a practicarse por el primer criollo.

GOTARDO — (Grta.) ¡Ah, no!... No acepto. ¡Discrepo!

MORA — Sí, hombre: es el que tenemos más cerca. (Risaz. A Sebastián.) Y te felicito: no por lo que has dicho — sos otro macaneador como éste — sino porque lo has hecho callar.

ESTELA — (Aparte, a Gotardo.) ¡Qué bien hablás! Déjalos; no te entienden. Te vengás en el pécker.

CHIQUILIN — (En el foro.) Están listas las dos mesás: la de juego y la otra. (Inician mutis.)

CARLOTA — ... "Ay... con el u... con el marabú..."

NICOLÁS — (Aparte a Chiquilín.) ¿Qué luz?

CHIQUILIN — Sí, marisco, don Nicolás.

PERLA — (Aniñada.) ¡Yo quiero que me lleve en brazos Nicolás! (A ellos, con su voz.) No puedo.

NICOLÁS — Perla... por Dios... qué caprichito...

PERLITA — Yo quiero que me lleve en... ¡ay!... (Anselmo, sin esfuerzo aparente, corre con ella en brazos.)

NICOLÁS — Che, Anselmo; eso no me gusta. ¡Che!

ANSELMO — (Deteniéndose.) ¿Por?

NICOLÁS — Porque no.

ANSELMO — No seas necio.

NICOLÁS — (Se le acerca.) ¡Te prohibo!... (Anselmo deja a Perla y levanta a Nicolás. Alzazaz.)

NICOLÁS — ¡Déjame!

ANSELMO — ¡Confesá que sos un necio!

NICOLÁS — ¡Déjame!

ANSELMO — ¡Confesá!

NICOLÁS — ¡Confiesol... ¡Confiesol!... (De pie en el pasillo las manos sobre el corazón.) ¡Bábarol!... (Mutis todos menos Chiquilín, que corre las cortinas de foro.)

PERLA — (Resperciendo, aniñada.) Chiquilín... (Brindándole medio bombón.) Tomá. Comelo. ¿Y Enrique?

CHIQUILIN — ¿Qué tiene?

PERLA — ¿Volverá? (Chiquilín devuelve el dulce.) ¿Por qué? ¿No te gusta? Es "dico". (Rico.)

CHIQUILIN — Trabajitos, no.

PERLA — (Con el bombón en la boca.) Favu. Medio es más sábruso que uno. Mordelo.

CHIQUILIN — No entro.

PERLA — ¿Y su mamá?... ¿Está mejor?

CHIQUILIN — Nunca há estado enferma.

PERLA — Tomá; comelo. Malo. Es dico. (Se lo pone en la boca.) Comelo. (Hace que mastique.) ¡Ay!... (Con su voz.) ¡El dedo, no, che. (Sería.) ¿No sabés adónde fue?... ¿Te

gusta?... ¿Volverá?...
 CHIQUILIN — No sé. Ya me comí el bombón.
 PERLA — Si me decís te doy un beso entero.
 CHIQUILIN — ¡Qué hago con uno!
 PERLA — Bueno, dos.
 CHIQUILIN — ¿En dónde?...
 PERLA — Aquí. (Mejilla.)
 CHIQUILIN — No entra.
 PERLA — ¿Y dónde?
 CHIQUILIN — Donde se dan los besos, ¡qué pregunta!
 PERLA — Bueno. (Las bocas muy cerca.) Decime primero.
 CHIQUILIN — No. Al mismo tiempo. Enrique está...
 NICOLAS — Perla... (Aparece.) ¿Qué pasa?
 PERLA — Jugando a la quiniela. Al dieciséis. Dale cinco pesos.
 CHIQUILIN — (Recibiendo el billete.) A la cabeza. Esta sí que es una fija. (Mutis con Perla. Timbre afuera. Nicolás, solo, repasa el rosario.)
 ANSELMO — (De jovo. Por sobre un hombro de Nicolás.) ¿Qué hacés?
 NICOLAS — ¡Pl!... ¡Me hás asustado, cartermán!...
 ANSELMO — ¿Qué es eso?
 NICOLAS — ¿Qué te importa? Cada uno tiene sus cosas. (En el medio mutis termina la cuenta, ocultando su acción.) Quince, dieciséis y diecisiete.
 ANSELMO — (Apartándose, ríe.) Estás loco.
 NICOLAS — (Las manos temblorosas, el miedo en los ojos.) ¡No! Haceme el favor, Anselmo. Sabés que me disgusta, ¿por qué me lo decís?
 ANSELMO — ¿Qué, hombre?... No te pongas así.
 NICOLAS — ¿Cómo?... ¿Cómo me pongo?... ¿No estoy natural? Yo he sido siempre un tipo equilibrado, muy equilibrado... ¿vías a decir que no? (Está congestionado.)
 ANSELMO — Al contrario, Nicolás...

NICOLAS — (Aterrado.) ¿Eh?
 ANSELMO — ... te voy a decir que sí.
 NICOLAS — ¿Y entonces?... No me mirés así, ¿querés?... (Anselmo mira las botellas.) ¡No; no he bebido! ¿Qué tengo para que parezca ebrio?...
 ANSELMO — Pero tranquilizate, viejo; ¿qué te ocurre?
 NICOLAS — Nada. ¿Qué me va a ocurrir?... ¿Me va a ocurrir algo? Que me da rabia. Soy un hombre equilibrado, normal, sano. Mientras todos ustedes hacían locuras yo me cuidé; por eso me pone fulo que no vean mi salud moral y física, y física!
 ANSELMO — Bueno; no te lo diré más.
 NICOLAS — Te lo voy a agradecer. ¡Sana, muy sana! (Mutis empujándose la frente.)
 ANSELMO — (Se queda mirando, comprende, aleja ideas dolorosas. Busca su cigarro. Lo ha dejado sobre un mueble para alzar a Perla. Cuando cae a salir alguien manotea las cortinas.) ¿Qué hay?...
 CHIQUILIN — Don Anselmo... (Asoma.) ¡Muñeca!
 ANSELMO — ¿Qué?
 CHIQUILIN — Está ahí. En un auto. Quiere verlo. (Anselmo se vuelve; trata de ocultar su emoción.) ¡Está de linda!... Como nunca. (El, temblando, enciende el habano.) ¿Qué hacemos? ¿Que se muera... que se pudra... que... (Ve como Anselmo ríe y llora, conculso, en silencio, con la cabeza baja.) que entre? (Anselmo afirma, coergonzado.) ¡Claro!
 ANSELMO — (Sin voz.) Aguardá.
 CHIQUILIN — (Temiendo que se arrepienta.) ¿Eh?... ¿No?
 ANSELMO — Dejé que espere... en la calle.
 CHIQUILIN — En penitencia. ¡Me gusta! ¡Morite en la veredal!
 ANSELMO — Hacela pasar dentro de cinco minutos.
 CHIQUILIN — ¿Cinco? Dos.

ANSELMO — No le digas a ésos...

CHIQUILIN — ¿Por qué?

ANSELMO — Que empiecen sin mí.

CHIQUILIN — Sí. Yo arreglo. Yo arreglo.

ANSELMO — Te avisaré... luego para que los echas.

CHIQUILIN — Sí; deje no más... deje no más.

ANSELMO — Cortá esas puertas... (Foro derecha, adentro.)

CHIQUILIN — Ya sé. Ya sé.

ANSELMO — Oí... cinco no... dos minutos.

CHIQUILIN — (Aparte.) ¡Y yo quería irme a Europa! (Mutis derecha.)

ANSELMO — (Desfollece.) ¡Alma mía!... (Esconde el retrato de Muñeca debajo de un almohadón. Dispone, febriciente, el asiento donde ella descomparará; compone sus hábitos; alisa sus cabellos frente al espejo. Se halla feo como nunca. Ríe y solloza al fin, golpeándose su foaldad. Entreabre la puerta, espera, de pie, en medio de la escena, de frente primero, de espaldas después. Cierra la puerta, espera otra vez. Impaciente de que no llegue, tartamudea.) ¿Y?... (Llama.) ¡Chiquilín!... (Se abre lentamente una hoja. Huye por foro. Avanza Muñeca, temerosa. Gran piel la envuelve; sombrero pequeño aprieta su melena. En primer término, se inmóviliza; mira hacia un mismo atrayente sitio de la alfombra. Se alza de hombros, sacude la cabeza como echando atrás su cabello... y su alma. La chimenea chisporrotea. Anselmo está entre las cortinas. Ha cambiado de fumar. Ríe.) ¡Ah... volví! (Serio.) ¿Qué quieres?... ¿Qué necesita?... ¿Dinero?... (Riendo.) ¿O há vuelto por mí?... (Serio.) ¿De dónde viene?... ¿En qué... cueva estuvo escondida?... (Ella no sabe.) ¿Es joven?... Diga. (Está a dos pesos detrás de ella, que niega.) ¡¿Viejo?!... ¡No!... ¡Decí que no! ¡Viejo no! Tiene que ser joven!... ¡Hablá!... (Ella afirma.) Claro: joven,

lindo... Lo querés. (La pobrecita va a negar.) ¡No mentas, inocente; lo querés mucho... si no fuese así te echaba! ¡Afuera, porquería! ¡Afuera, porquería! ¡Me das asco! ¡Asco!... Lo querés; lindo, joven curioso... curioso... (Cierra los ojos a su imaginación.) No quiero saber la verdad. Debe ser fea; más fea que yo; terrible, derumbante. Sí, callate. No te defiendas. ¿Para qué? Te has defendido viniendo. Verte es como morir: te lleva Dios. Tenés razón. Vos siempre tenés razón. Yo soy quien no razona; yo soy el bajo, el depravado; yo, que te tengo otra vez aquí, en mi casa, y te hablo y te miro y te aprieto a mi corazón sin avergonzarme. No lores; no te hace falta. Cuidate sólo de decirme quién es. Aunque te lo pidiese de rodillas no lo denuncies. Si supiera quién es no podría soportarte. Es uno... (Ríe.) Lo conozco bien. Es el eterno enemigo, el que está siempre delante de mí para arrebatarlo lo que codicio, el que me acompaña desde la cuna y me dejará cuando muera; irresistible, indestructible... siempre diferente y siempre el mismo... lo conozco: es un hombre hermoso... ¡ah, qué feo es!... (La toma.) Muñeca... habla... que te oiga... Decime, ¿hace mucho que lo conocés?... (Ella afirma.) ¿Antes que a mí?... (Idem.) Mentira. Después... Juralo. (Ella es a jurar, gustosa.) No; no jures. ¿Para qué?... Te creería menos. (Ríe.) ¡Qué miserable soy!... A otras, a cien como vos, las expulsé por... nada, por... cansancio, por hartazgo; a otras, a cien como vos, más lindas que vos (Ella sacude la cabeza, sonríe.) les he cerrado la puerta para que mendigaran desde el umbral; y a vos, que volvéis a mi lado, segura del éxito, confesándome friamente que querés a otro, indigna, traidora, infame... te perdono y te acepto... (Ríe.) ¡Y ríe!... Si estoy contento de que hayas vuelto; si casi te agradezco tu vileza, ¡ya que por

ella he sabido cómo te quiero!... ¡Ah, qué miserable soy!
¡Qué repugnante!... ¡Qué desdichado!... (*Solloza, de bruces, en un diván. Muñeca se quita lentamente el sombrero y el abrigo.*)

TELON

ACTO II

Dos horas después de la acción del primer acto, en las mismas habitaciones. Las cortinas de foro corridas. El dormitorio espera.

MUÑECA — (*De bruces en el sofá, cubierta por una manta riquísima, mira atemorizada a Anselmo, que en un sillón de la izquierda, la mesita al alcance de su mano, pálido, ojoroso, la boca deforme, en postura incómoda, duerme.*) No viene. No viene... (*Solloza, oprimida, histéricamente, bajo la colcha.*)

ANSELMO — (*Despierta sobresaltado; la busca. Ella simula dormir, congestionada. Se le acerca para cerciorarse. Ha bebido mucho, pero no está ebrio. Apoyado en el sofá la contempla. Tiemblan sus manos y su mentón; parece que va a estrujarla, gritando. Se aparta barbotando palabras ininteligibles, pero que dicen de su desesperación. Bebe, con rabia, un vaso lleno. Mira a la cama largamente, la cabeza entre los brazos; se despeina mientras ella lo vigila, con los ojos muy abiertos. Va hacia la chimenea, observando a la mujer inmóvil; mueve los brazos, golpea con las tenazas en el morillo. Sonriendo le acerca al rostro el utensilio caliente.*)

MUÑECA — (*Incorporándose.*) ¡No!...

ANSELMO — A quién vas a engañar.

MUÑECA — No...

ANSELMO — No temas. No sé vengarme. Haceme caso. Acostate en la cama, dormí. No te molestaré.

MUÑECA — Dejame aquí, te suplico. Fuiste siempre cariñoso conmigo. Perdoname una noche más. Has esperado tantas. Mañana seré otra; la misma de antes.

ANSELMO — ¿La misma?... (*La mira, bizzo, sonriente.*)

MUÑECA — No; no te acerques. Sería horrible esta noche... Estoy como alelada. ¿Comprendés?

ANSELMO — (*Tres síes lentos.*) Sí. Sí. Sí.

MUÑECA — Perdoname. Sos muy bueno. (*Pausa.*)

ANSELMO — Los dos somos buenos. Estás aquí de buena; a mí también la bondad me ha marchitado. No has vuelto ni por viciosa, ni por interesada. Quién sabe qué absurda nobleza te empuja, quién sabe qué tormenta... Sería curioso saber qué belleza moral tuya te hace innoble a mis ojos. Muñeca... Muñequita... somos dos náufragos en este turbulento mar que es la pasión. Te veo agitarte, abrazada a tu tabla como yo a la mía... sé que no te salvarás y no puedo pensar en tus defectos, sino en tus virtudes.

MUÑECA — ¿Por qué no te querré?... Tan bueno, tan puro. ¿Por qué no te querré?

ANSELMO — (*Sin mirarla.*) Te veo debatirte. Estás tan perdida que por salvarte quisieras hasta quererme. Vos sos buena, deseás amarme, pero... ¿eh?... (*Ríe.*) Yo soy bueno, deseo no quererte, despreciarte, pero... ¿eh?... Somos dos náufragos... nos lleva el agua... Gritamos, nos llamamos, nos oímos, pero el agua nos lleva, agarrados con dientes y uñas a nuestra tabla, la nuestra, sin creer que mejor es aflojar y hundirse. ¡Qué nauseabundo es este apego a la vida! (*Por los leños que crepitan.*) Oí... Hablan mientras se mueren. Se quejan también. Pero ellos son hermosos, mueren después de embellecer lo que iluminan. Yo afeo todo lo que toco. (*Silencio. Ella deja correr sus lágrimas.*) ¿Es lindo él?... ¿Lo querés mucho?...

Hablá. Si supieras cómo me gustaría saberlo todo... y aceptarlo todo, si me quedase la esperanza remota de que algún día me quisieses por bueno... por viejo... por feo.

MUÑECA — (*Llora.*) ¿Por qué no te querré?...

ANSELMO — No llores. No te hace falta. Administrá bien tus lágrimas; sos joven y no te van a alcanzar. No llores más. Yo no quiero nada tuyo. Que estés aquí; que llenés tanto vacío; que me embellezcas un poco... andando... belleza, fantasma, castigo... miseria... (*Le pone las manos encima.*)

CHIQUILIN — (*Llamando a la derecha.*) Don Anselmo...

MUÑECA — ¡Chiquilín! (*Liberándose.*)

CHIQUILIN — Don Anselmo... (*Asustado.*)

ANSELMO — (*Grita con furia extraña.*) ¿Qué hay?

CHIQUILIN — Disculpe... (*Anselmo corre, de pronto, y abre.*)

Disculpe, don Anselmo. Son casi las cuatro, ¿no precisan nada?... La cena está intacta. ¿A qué no cenó, señorita?... ¿Acerté?... Don Anselmo tampoco. ¿Traigo?

ANSELMO — (*Respira lento.*) ¿Tenés apetito, Muñeca? (*Pone los codos en el filo de la chimenea.*)

CHIQUILIN — ¡Sí! (*Exagera.*)

MUÑECA — No, gracias. No podría pasar bocado.

CHIQUILIN — ¿Está enferma? ¿No ve? De no comer. Por conservar la línea. Es una gran macana, señorita. Sin morfar no se puede hacer la romántica... ¡Ja!... (*A Anselmo.*)

Le gusta que hable así... reo.

ANSELMO — (*Hosco.*) ¿Por qué no te acostaste?

CHIQUILIN — No tenía sueño.

ANSELMO — ¿Por qué no te acostaste como te lo pedí?

CHIQUILIN — ¿No le digo, don Anselmo?

ANSELMO — No me mientas y... bajá la voz. (*Se alejan de Muñeca.*)

CHIQUILIN — Tiene razón; a usted no le puedo mentir aunque convenga. No estaba tranquilo.

ANSELMO — ¿Por qué?

CHIQUILIN — Así... de palpito. No; la verdad: me ayudó a asustarme el coronel. Después de muchas vueltas se llevó a todos a su casa, pero cada cuarto de hora me ha hecho por teléfono la misma preguntita: "Chiquilín, ¿cómo va eso?...?... Y yo: "No los oigo, coronel". ¡Como para dormir!

ANSELMO — Sabe que Muñeca está aquí.

CHIQUILIN — ¡El mejor para no sospecharlo!

ANSELMO — Vos se lo has dicho.

CHIQUILIN — Para que me ayudara a echarlos. No querían irse, don Anselmo.

ANSELMO — ¡Merecerías una paliza por chismoso. (*Gritando de frente.*)

CHIQUILIN — Démela porque todavía hay más: para que se me pasara el susto le pedí que se vinieran. (*Afuera mujeres y hombres cantan la despedida de los tres amigos a Roldofo, en el primer acto de "La Bohème".*)

VOCES — "¡Nomús, Nomús, Nomús!..."

CHIQUILIN — Oígalos... ¡Deben estar estupendos!...

VOCES — "¡Zitti e discreti andiamo a cenar!"

"¡Vía!... Nomús, Nomús!... Trovó la poesía."

ANSELMO — (*Riendo burlescamente.*) ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!... (*Anda, a zancadas.*)

VOCES — "¡Nomús, Nomús, Nomús!..." (*Muñeca, con la manita, está en el foro.*)

CHIQUILIN — ¿Abro?

ANSELMO — ¡Sí, abríles!... ¡Nomús, Nomús, Nomús!...

CHIQUILIN — (*"Dándose la mano."*) ¡Chocá, Chiquilín!... (*Mutis.*)

ANSELMO — ¡Sí, hombre; no te saqué la careta! ¡Seguí! ¡Se-

guí!... (*A Muñeca, después de sorprenderse de su presencia.*) Acostate. Que te vean en tu sitio, en la cama. Acostate. (*Muñeca obedece. Empieza a desvestirse agitadamente. El abre la cama, prepara las almohadas, corre las cortinas, enciende todas las luces. El canto se acerca, está en la casa. Muñeca está casi desnuda. Anselmo, inmóvil, rígido, la mira como a una aparición, sin armas para tanta belleza. Cierra la cortina y se pone a cantar.*) ¡Nomús, Nomús!... (*Aparece Mora. Cierra el batiente.*)

MORA — ¿Qué hacés?... ¿Te ríes?... Así me gusta. De todos modos lo que viene será peor. El mañana siempre es peor. Vos lo sabés. Reíte entonces. Yo estuve una vez como estás ahora... Bendito seas. Están de farra. Muy tristes. Se rien. La miseria ajena reconforta, por eso te los traigo. Miralos. (*Abre la puerta.*) ¡Adelante! (*Entran. Es una comparsa. Alegría desmedida. Hacen "ronda catonga" con Anselmo, que aplaude, de centro. Chiquilín también aplaude.*)

CHIQUILIN — ¡Viva!

SEBASTIAN — ¡Muera! ¡Soy opositor!

NICOLAS — (*Anda en puntas de pie con causa justificada. Grita.*) Lo sabemos... (*Con voz apenas perceptible.*) todo! (*Mismo juego.*) Muñeca... ¡ha vuelto!

GOTARDO — (*Desmelenado.*) ¡Me alegro! Ya estaba idiota éste. (*Perla pasa al dormitorio.*)

SEBASTIAN — ¡Egoísta!... Hay que festejar la vuelta.

NICOLAS — ¡Bienvenida!... Si no nos alegramos en noches como ésta... (*Bajo.*) ¿cuándo, entonces?

ESTELA — (*Con el estuque facial estriado.*) ¡Champagne!... ¡Champagne!...

CARLOTA — (*Canta con todo su ardor:*)

"¡Con el ay... con el marabay.

Con el u... con el marabú. (*Zapateá.*)

¡Ay que me mú... que me mú... ero
San Juan de la Luz!"

(*Los cuatro hastiados: ¡Uff!, se apartan.*)

CHIQUILÍN — ¡Bravo!... ¡Bravo!... (*Aplaude.*)

ESTELA — Queremos verla. ¿Ya sanó la hermana?... (*Ríe.*)

Que nos cuente. Muñeca... Que salga.

TODOS — ¡Que salga!

ANSELMO — (*Junto a la cortina.*) Muñeca, levántate.

NICOLÁS — (*Asustado.*) ¿Y Perlita? ¿Dónde está Perlita?

PERLA — (*Asomando entre las cortinas.*) Aquí, papito querido; buscándote. ¿Dónde está Enrique?... Música. Ha vuelto la reina. Está en el lecho. La hermana está fuera de peligro. (*Ríe.*) ¡La hermana!

ESTELA — ¿No tendrá una recaída?

CARLOTA — (*Burlándose.*) "Con el ay..." (*Pasan al dormitorio; Anselmo ha tomado a Chiquilín por el cuello y con los brazos rígidos lo mira agradecido, enternecido. Chiquilín ríe tontamente.*)

CHIQUILÍN — (*Desenlazándose.*) ¡Champagne!... ¡Champagne!... (*Le duele el apretón cariñoso. Mutis. Gotardo y Sebastián palmean a Anselmo, que parece ebrio.*)

MORA — (*Acercándose a Nicolás, que, una mano en alto, se estira.*) ¿Qué te ocurre?

NICOLÁS — Quisiera crecer. Soy muy bajo. No me gusta.

MORA — Estás borracho.

NICOLÁS — ¡Claro que estoy boracho, si no estaría loco! (*Vuelve Chiquilín con champaña. Destapa. Sirve.*)

MORA — Oíme... ¿Sos capaz de una gauchada todavía?

NICOLÁS — Creo que no, Jacinto.

MORA — Ponete alegre.

NICOLÁS — No puedo.

MORA — Ponete alegre. Olvidate de que sos un viejo zonzo.

NICOLÁS — No puedo, Jacinto. (*Lo intenta.*) No puedo.

MORA — Acordate que fuiste el tipo más divertido de la rueda más divertida. Volvé por tus fueros. Ayúdame a correr a un dolor amigo.

NICOLÁS — ¿Y al mío, quién lo corre?

MORA — Ponete alegre; te lo pido en serio. Acordate de cuando estábamos tan tristes que reír se hacía indispensable. ¿Entendés?

NICOLÁS — (*Mirándolo con ojos agrandados.*) Creo que te comprendo. Como el clarín.

MORA — Hacé el loro. Así nos idiotizamos todos. (*Bebe ávidamente.*)

NICOLÁS — (*Obedece; imita a marañilla.*) "¡Prrra!"... He comprendido. "¡Prrra!"... He comprendido bien. "¡Loro!" (*Muñeca, envuelta en su salto, avanza entre Estela y Perla.*)

PERLA — ¡Aquí está la reina! (*Muñeca sonríe, perdida.*)

ESTELA — Más flaca. (*Gotardo y Sebastián la saludan.*)

PERLA — No; más gruesa. (*Risita.*)

ESTELA — Le ha sentado la ausencia. (*Idem.*)

MORA — (*A Nicolás.*) Hacé el loro.

NICOLÁS — Prrra... Loro... Prrra... ¿Te dieron sopa de vino?... Prrra... Morite, loro... Prrra... (*Agoniza.*)
Prrra... Prrra... ¡Ip...! (*Ricás.*) ¡Pobre loro! Prrra...
Arriba, loro... Prrra... (*Resucita el bicho.*) Prrra...
¿Qué tiene? (*Encrespado.*) Prrra... ¿Qué quiere el loro?... ¡Lora!... ¡Lora!... ¡Prrra!... (*Nadie ha hecho caso. Chiquilín sirve champagne.*)

GOTARDO — (*La copa en alto.*) Brindo por...

SEBASTIÁN — (*Idem.*) No, yo... yo...

MORA — (*Enérgico.*) ¡St!... ¡Yo!... Me corresponde. Nadie sabe nada. (*Avanza hacia Muñeca.*) Muñeca... (*No habla vocablos.*) Mu... ñeca... (*Está horrible.*) Hijita... Hiji...ta. Yo te comprendo... (*Cae de rodillas. Risas.*)

aplausos.) ¡Sst! (Brinda.) ¡Por Muñeca!... (Beben.) Levántenme.

CHIQUILÍN — (Aparte.) ¿Por qué no toca algo, don Gotardo?... (Gotardo manotea en el piano un shimmy. Bailan. Chiquilín acompaña golpeando botellas y copas.)

ANSELMO — (Abraza a Chiquilín.) Vos... sos mi hermano.

ENRIQUE — (En el umbral de la derecha. Muy ebrio. Aplaudivo conservando un manojo de llaves entre sus manos flácidas.) ¡Bravo!... ¡Bravo! (Algazara.)

PERLA — ¡Al fin!

ENRIQUE — Ferra... Sigán... Sigán... Yo también entro en la ferra. (A Nicolás.) ¿Cómo está, viejo? Me pasé. Sigán... (Avanza.) Sigán... (Acariciándolo.) Don Anselmo querido... ferra. Me pasé. Disculpe, es la última vez. ¿Y ésta?... Ah, Carlota... (Alza un hombro.) Pts. Hola, Perlita... Ferra... Me pasé. (Mora le ofrece una copā. Enrique la rechaza.) Me pasé mucho.

PERLA — (Con voz cálida; a él solo.) ¿Tanto querés?

ENRIQUE — ¿Yo? No.

PERLA — Te emborracha un cariño. No te hace falta. Yo también te quiero.

ENRIQUE — ¿Usted? (La aparta.) Ferra... (Está frente a Muñeca, en la izquierda del proscenio.) ¡Oh!... ¡Muñeca!... ¿Usted aquí?... Me parece un sueño. (Aplaudivo.) Ferra... Ferra.

MUÑECA — (Con voz muy baja.) ¡Gracias, mi vida!... Sabía que vendrías.

ENRIQUE — (La mira largamente.) Yo no.

MUÑECA — ¡Me querés!... ¡Me querés!...

MORA — (Apartándolo.) ¿Por qué viniste?

ENRIQUE — No pude...

MORA — Vas a echar todo a perder.

ENRIQUE — No pude... Veía cosas. Me ahogaba... Me moría... No pude...

MORA — (Grita congestionado.) ¡Adelante!... ¡A formar!... ¡Batallón; firme!

CHIQUILÍN — ¡Firmes!... (Lleva a Sebastián y Gotardo hacia el foro, los alinea, se cuadra.)

MORA — ¡Todos!... (A Nicolás.) Vos también.

NICOLÁS — No. Ya te sentís general. Ya estás ebrio.

MORA — (Colocando a Anselmo.) ¡Firmes!... (A Chiquilín:) Vos sos el tambor.

CHIQUILÍN — ¿Yo?... (Enrique está junto a Muñeca. Sonríe.)

MORA — ¿Y quién va a ser? (Los comanda. Ríen algunos, otros se miran la nariz, pero están todos espantosos.) De frente... paso redoblado, mar... (Muñeca, sofocando sus sollozos, mutis por foro derecha.)

CHIQUILÍN — (Toca en el tambor imaginario.) Purrún... Purrún... Purrún... Purrún...

MORA — (Cuando llegan a la izquierda del proscenio.) ¡Flanco izquierdo, izquier!

CHIQUILÍN — (Aparte.) Don Anselmo, salga de la fila. Me da calor.

NICOLÁS — ¡No!... ¡Estamos todos locos!... ¡No!...

MORA — ¡El que salga de las filas... cuatro tiros!... Flanco izquierdo... ¡izquier!

NICOLÁS — ¡Pum!... ¡Pum!... ¡Me han muerto!... (Cae entre las mujeres.) ¡Está loco!

MORA — ¡Al trote!... Flanco derecho... ¡der! (Mutis por foro derecha. Anselmo se detiene.)

NICOLÁS — ¡Hay que encerrarlo!... (Carlota, Perla y Estela se lo llevan. En el comedor descorchan botellas. Pausa. Se miran. Anselmo sonríe y con un ademán significa cómo su honradez maltrecha ha aceptado a Muñeca. Enrique lo abraza en postura desairada.)

ENRIQUE — Don Anselmo, querido... usted es muy bueno. Para mí el mejor de los hombres. Yo lo quiero mucho, don Anselmo. Dicen que los hijos, a las madres, empiezan a saber cómo las quieren después que se les mueren. Antes no se aprecia. Bueno... como mi madre vive... yo no sé bien cómo la quiero. A usted sí sé cómo lo quiero. Mucho. Más que a mí mismo. Lo he demostrado. Mucho. Mire, hablo de usted y lloro. (*Muestra sus dedos mojados con lágrimas.*) Lloro por usted. ¿Y por qué si lo quiero tanto soy su enemigo?... ¿Ve? Lloro. Dentro de un rato va a odiarme.

ANSELMO — ¿Yo?

ENRIQUE — Mejor. Porque ahora soy un hombre digno... indigno, y no puedo soportarme.

ANSELMO — ¿Qué tenés?

ENRIQUE — Yo sé con quién anda Muñeca.

ANSELMO — ¡No lo digas!

ENRIQUE — Tengo que decirlo.

ANSELMO — ¿Lo conocés?

ENRIQUE — Uh...

ANSELMO — ¿Amigo? (*Enrique afirma.*) ¿Quién es?

ENRIQUE — Yo.

ANSELMO — ¿Vos? (*Ríe.*)

ENRIQUE — Yo.

ANSELMO — Estás bien borracho vos.

ENRIQUE — Bien. Si no, no podría decirle a la cara esta monstruosidad. (*Grita.*) Muñeca anda conmigo. Me quiere y yo también la quiero. Yo lo traiciono. Soy un vil. Llámela y preguntéselo. No podemos más. Ya está. (*Anselmo se repliega; como un rayo, pega el primer directo. Enrique cae hacia atrás; se levanta lentamente. Un cross lo abate, de bruces; saca el revólver.*)

ANSELMO — ¡Tirá!... (*Abre los brazos.*) ¡Tirá!... (*Enrique,*

desde el suelo, se esfuerza para alcanzarle el arma empuñándola por el caño.)

ENRIQUE — ¡Máteme! ¡Máteme!... (*Anselmo lo toma, lo levanta, pone el caño en la frente, en la garganta, en el pecho de Enrique, que no se defiende. Y, de pronto, toda su ira se transforma; lo zamarrea, llorando, lo besa, con impulsos, baboso; lo suelta, corre hacia la puerta; luego hacia el dormitorio. Se dispara un tiro en el pecho. Caee sobre la cama. Baráúnda. Gritos, chillidos. Lo socorren.*)

CHIQUILÍN — (*Dominando.*) ¡Don Anselmo!... ¡Don Anselmo!... (*Corre desatentado.*) ¡Ay!... ¡Asistencia!... ¡Teléfono!... ¡Ay!... (*Se golpea.*) ¡Ay!... ¡Don Anselmo querido!... (*Aparta a empujones a los que rodean el lecho.*) ¡Ay!... ¡Ay!... (*Muñeca, agazapada mirando a Enrique entontecido.*)

MORA — (*En primer término, a Enrique alorado.*) ¿Eh?... ¿Sí? ¿Háblaste?... (*Enrique afirma.*) ¡Se mató!... (*Convulso.*) ¡Se mató!... ¡Qué zonzol!... (*Muñeca envuelve su cabeza con su tapado. Enrique empieza a temblar.*) ¡Qué pedazo de zonzol!... (*Va hacia el dormitorio. Muñeca corre hacia Enrique, transformada por su alegría se aprieta a su espalda. Ríe histérica.*)

TELON FINAL